

Evangelismo Personal

Juan 16:7-11

Pastor Eddie Idefonso

(13)
(Continuación de 07-04-12)

El mensaje: El Plan de Dios de salvación, Juan 16:7-11

Cómo compartir su fe

La carga

Estaba tan verde como vienen, en cuanto a compartir el Evangelio.

Pero allí estaba yo, un joven creyente, buscando a alguien para hablarle de mi nueva fe en Cristo. No resultó como lo esperaba.

Solamente tenía dos semanas de edad en mi compromiso con Cristo. No sabía mucho acerca de la vida cristiana o la Biblia, pero había oído que debo salir y compartir el Evangelio con los demás.

Un día fui al centro comercial.

Ahora aquí yo era — un miembro legítimo de la “patrulla de almas” afuera buscando a los infieles para convertirlos. Pero no estaba exactamente lleno de confianza. De hecho, mi objetivo principal era encontrar a alguien que no discutiera o se enojara conmigo. Pensé que si un incrédulo sólo me ignora o se aleja, que estaría muy bien.

Finalmente había visto a una señora de mediana edad y pensé que ella podría ser algo poco simpática conmigo. Cuando caminé hasta ella, mi voz tembló con nerviosismo. “Uh, perdón,” dije, tentaba encontrar las palabras adecuadas. “Puedo hablar contigo de algo?” Ella dijo, “seguro. ¿De qué?” “Bueno, acerca de, como, Dios — y esas cosas,” respondí. (Recuerde, aún era un joven creyente). Para mi asombro, ella dijo: “Adelante siéntate, hable conmigo”.

Luego saqué una copia de un tratado evangelístico que había puesto en mi bolsillo para un momento como este. Yo era tan nuevo en la fe que aún no había memorizado el plan de salvación, que simplemente leí el folleto por completo literalmente. Todo el tiempo que leí, estaba temblando como una hoja y pensando, *esto no va a trabajar. ¿Por qué estoy haciendo esto? Esto no le va a alcanzar a ella.*

Pero la mujer siguió pacientemente escuchando lo que decía — más bien, la lectura. Cuando llegué a una parte en el folleto que dijo, “hay alguna buena razón ¿por qué usted no debe aceptar a Jesucristo ahora mismo?” Me di cuenta que debo dirigir esta pregunta a la mujer. Dudé. Sintíendome incómodo, miré hacia arriba y le preguntó, “Uh, ¿hay alguna buena razón por qué usted no debe aceptar a Jesucristo ahora mismo?” “No,” ella

contestó. “OK”, dije, un poco confundido. “¿Entonces eso significaría que desea aceptar a Jesucristo ahora mismo?”

Con una mirada de determinación tranquila, ella contestó, “Sí, lo haría”. Me sorprendió. Por un momento no sabía qué hacer. Sólo había planeado para el fracaso. Frenéticamente revise el tratado por algún tipo de oración en la que se lleve a una persona que quería invitar a Cristo en su vida. Después de lo que parecía una eternidad, finalmente encontré uno. En el tono más reverente que pude reunir, dije, “Vamos a inclinar nuestra cabeza por una palabra de oración”.

Incluso mientras ella oraba después de mí, todavía estaba pensando, *esto no va a funcionar*. Después que terminamos, la mujer me miró y dijo, “¿Algo acaba de pasar en mí!”

Y en ese momento algo ocurrió en mí, también: Tuve un sabor de lo que era para ser usado por Dios. Yo sabía — incluso en ese momento de mi vida todavía joven — que no importa lo que hacia en la vida, quería seguir compartiendo el Evangelio.

El elemento esencial que necesita para compartir a Cristo con otros

¡Cualquier intercambio eficaz de la fe siempre comenzará con una carga dada por Dios! Y si algunos de nosotros hoy fuéramos brutalmente honestos, tendríamos que decir que no tenemos esa carga. Si lo tenemos, francamente, creo que muchos de nosotros haríamos más que lo que hacemos.

“Pero no estoy calificado o soy un experto en la teología,” algunos podrían protestar.

Permítanme decirlo de esta manera: digamos que usted está caminando por la calle y escucha los gritos de una mujer. Te volteas para ver cuál es el problema, y ella apunta a una casa en llamas y llora histéricamente que su bebé esté dentro. Te das cuenta de que hay sólo momentos antes de que toda la casa se hundiera con llamas.

¿Simplemente continuaría caminando, razonando que era su hijo y no suyo? No es probable.

¿Intentaría de tranquilizarla un poco y decirle a esperar hasta que lleguen los profesionales? Posiblemente, pero nuevamente, no es probable.

¿Arriesgara su propia vida y trataría de entrar en ese edificio y salvara a ese niño? Así lo espero.

Un destino aún peor que esto espera a quienes no conocen a Cristo. Para ellos, el fuego no es temporal sino eterno. ¿Nos importa honestamente? La gente puede conocer si realmente nos importa cuando hablamos con ellos acerca de nuestra fe en Cristo. Puede percibir si simplemente lo hacemos por deber y si nuestro corazón no está realmente en

ella. He visto a los cristianos compartir el Evangelio en una forma casi mecánica. Tienen sus declaraciones y respuestas mecánicamente. No están realmente comprometidos. Al final esto derrotará su propósito.

Puede hablar sobre el amor todo lo que quieras. Usted puede citar las diferentes palabras griegas que la Biblia utiliza para describirlo. Incluso puede citar numerosos pasajes de las Escrituras para demostrar la importancia de la misma. Pero lo mejor que puedes hacer es demostrarlo como compartes tu fe. Para hacerlo eficazmente, necesita una carga dada por Dios.

Jesús tenía esa carga para su pueblo

Necesitamos tener una carga como Jesús había tenido para la gente de Jerusalén. La Escritura describe su carga sentida tal cuando Él miró a Jerusalén un día y lloró, diciendo: **“¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que son enviados a ella! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste!”** ([Mateo 23:37](#)).

El apóstol Pablo repite ese sentimiento en [Romanos 9:2-3](#): **“de que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo por amor a mis hermanos, mis parientes según la carne”**. Con razón que Pablo tenían un ministerio tan poderoso y efectivo. ¡A Él importaba!

Nehemías es otro ejemplo clásico de un hombre que fue realmente conmovido con las necesidades de los perdidos. Como copero del rey de Persia, estaba en una posición de gran poder e influencia. Mientras que posaba este estatus y prestigio, también fue un judío — uno de los muchos que había estado en el exilio lejos de Jerusalén.

Nehemías podría fácilmente quedarse con los pies en el aire y tener una casa con la vida de lujo. Un día su hermano regresó de una visita a Jerusalén y le dijo a Nehemías sobre la destrucción que había visto. Las paredes de la ciudad que una vez eran orgullosos y erectas ahora eran simplemente montones de escombros carbonizados. Nehemías reconoció que estos muros eran un símbolo de un pueblo que en el pasado estaba con Dios, separado de las naciones paganas alrededor de ellos. Pero ahora estaban en la ruina. Esta revelación tan pronto rompió su corazón y lloró.

Aún después del llanto Nehemías llegó a trabajar. Después de su desesperación llegó determinación.

Él podría haber racionalizado su salida de esto personalmente haciendo nada diciendo, “¡yo no soy ningún sacerdote o profeta. Que ellos cuiden de ella! Además, si hablo, puedo comprometer mi posición con el rey. ¿Qué bien haría esto?”

Pero Nehemías se dio cuenta de que él como un laico podría hacer una diferencia. Así que oró, y obtuvo permiso del rey para ir y evaluar personalmente los daños. Después que lo hizo Nehemías, redactó un plan y actuó.

No basta con sólo un plan. No es aún suficiente sólo orar. Tenemos que avanzar cuando Dios nos dice a mover. Cuando Moisés estaba en la orilla del mar rojo con el ejército egipcio en la persiguiéndolos, el Señor le dijo a Moisés, “**¿Por qué llamas a mí? ¿Ordena a los israelitas que se pongan en marcha!**” ([Éxodo 14:15](#), NVI).

Hay un tiempo para orar y un tiempo para mover — un tiempo para sembrar y un tiempo para cosechar. Pero todo comienza con una carga dada por Dios para las personas perdidas.

Alexander McClaren dijo, “Tu me digas la profundidad de la compasión de un cristiano y te diré la medida de su utilidad”. Para citar al gran pastor británico C. H. Spurgeon, “ganadores de almas deben primero ser derramadores de lagrimas por las almas”. Esto es esencial para compartir efectivamente su fe.

Por qué muchos de nosotros nunca hemos dirigido una persona a Cristo

Me gustaría sugerir la razón porque muchos de nosotros nunca han llevado otra persona a Cristo es que realmente nunca le hemos pedido una persona esa pregunta fundamental: “¿Desea aceptar a Jesucristo en su vida como su Salvador personal?” Nos acobardamos al último minuto. *¿Qué pasa si dicen no?* Nos podemos preguntar. Nuestro temor real podría ser *¿Qué pasa si dicen sí?!*

Si dicen que sí, y creo que si son activamente compartiendo su fe, eventualmente obtendrá una respuesta tan — será una de las mayores alegrías que nunca sabrá de este lado del cielo. Baste pensar — ¡ha cambiado el destino eterno de una persona! Una persona que había estado en su camino al infierno ahora va al cielo. Una persona que estaba vacía y solitaria ahora esta cumplido y completo — todo porque se tomó el tiempo para compartir el mensaje del Evangelio con ellos.

Sin embargo muchos de nosotros renunciamos tan fácilmente. Pediremos a nuestros amigos incrédulos, “desea venir a la Iglesia conmigo?”

“No”, responden rotundamente.

“Dices, OK, no importa,” dejas caer el tema y quizás sentirse ligeramente aliviada.
¿Cómo podemos nosotros renunciar tan fácilmente? ¿Realmente creemos lo que decimos creer? ¿Nosotros estamos convencidos de la realidad de un cielo y un infierno? ¿Actualmente aceptamos que la paga del pecado es muerte? Si es así, ¿cómo podemos ser tan casuales acerca de contárselo a otros?

Hace muchos años en Inglaterra, un criminal fue arrestado llamado Charles Peace. Él era un ladrón, un falsificador, y fue culpable de doble asesinato. Fue condenado a la muerte por sus crímenes. Como él estaba haciendo su camino a la horca el día de su ejecución, un capellán caminó a su lado. Este Ministro simplemente estaba “pasando por los movimientos,” fríamente hablando de la importancia de la fe y creencia. En el transcurso de su discurso repetido frecuentemente, el Ministro mencionó el poder de Jesucristo para salvar del pecado.

De repente el criminal dio vuelta, miró al capellán en el ojo y le exclamó, “cree usted? ¿Realmente cree usted? Si creía, haría voluntariamente rastrear toda la Inglaterra sobre vidrio roto para decirle a los hombres que era cierto”. Si realmente creemos lo que estamos compartiendo, nos deberíamos ser apoderados con la urgencia del mensaje.

Quiero animarte y ayudarte a ver que Dios de hecho te puede utilizar en traer a otros a su Reino.

La conversión es algo que sólo Dios puede hacer

Sin duda, la conversión es la obra del Espíritu Santo. Jesús dice, “**¡Nadie puede venir a mí si no lo trae el Padre que me envió!**” ([Juan 6:44](#)). Pablo también nos recuerda, “**Así que no cuenta ni el que siembra ni el que riega, sino sólo Dios, quien es el que hace crecer. El que siembra y el que riega están al mismo nivel, aunque cada uno será recompensado según su propio trabajo**” ([1 Corintios 3:7-8](#), NVI).

No hay nada que usted o yo puedo hacer para que una persona se convierta. He escuchado a Billy Graham contar la historia de un hombre muy ebrio y estaba en el mismo vuelo que el famoso evangelista. Escuchando que Billy estaba en el mismo vuelo, este hombre borracho exigió hablar con él. Las aeromozas intentaron de mantener al hombre en su asiento, pero no estaría satisfecho hasta que había hablado con Billy a sí mismo. Oído hablar de esto, Billy salió de su asiento y saludó al hombre.

El hombre borracho dijo, “Billy, ¡me alegro de conocerte! ¡Yo soy uno de sus conversos!”

Billy se peno a sí mismo, *debe ser uno de mis conversos. Ciertamente no es uno de los del Señor.*

Sólo Dios puede lograr una verdadera conversión. A veces llegamos a un lugar determinado en nuestra presentación del Evangelio donde podemos sentir obligados a aplicar un poco de presión. Queremos cerrar el negocio — posiblemente antes que está listo para suceder. Recuerde que nuestro trabajo es presentar con claridad y precisión el mensaje del Evangelio, dejando los resultados a Dios. Como el Sargento Friday del programa clásico de TV *Dragnet* solía decir, “Sólo los hechos, señora”. Por supuesto, debe ser preparado para “halar la red”, si la persona está lista. Si ese individuo no esta a eses punto, sin embargo, dejar el tiempo a Dios.

Dios te puede usar para conducir a otros a Él

Las estadísticas nos dicen que el 95 por ciento de todos los cristianos nunca han llevado a otra persona a Cristo. ¿Está en ese porcentaje masivo? ¿O estas en los “pocos élite” que han tenido el privilegio de ayudar a una persona pasar de la oscuridad a la luz?

Creo que Dios puede y le usará para conducir a otros a Él. No creo que el traer a otros a Cristo es sólo el trabajo de unos pocos. Concedido, que algunos han sido específicamente llamados a ser evangelistas. Que es un don que viene de Dios, y no se limita a aquellos que pueden conducir cruzadas evangelísticas (aunque obviamente los incluye). Es un llamado que personalmente he visto en las vidas de quienes están en sus setenta así como aquellos que aún son muy jóvenes. Estas personas simplemente tienen una manera especial de libremente compartir el Evangelio con resultados sorprendentes.

Pero no dejes desalentarte. Para aunque principios bíblicos le permitirá mayor eficacia decirles a otros acerca de Jesucristo, que primero debe entender que hay un modo correcto y lo incorrecto para compartir el Evangelio. En segundo lugar, usted aprenderá que ciertos elementos esenciales deben estar en su lugar para el Evangelio para que sea el Evangelio.